

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA IGLESIA Y LOS JUDIOS
EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Polonia.
Francia.
Holanda.
Bélgica.
Italia.
Sinagoga en un monasterio.
Croacia.
Eslovaquia.
 Hungría.
Rumania.
Bulgaria.
España.
Portugal.
Iberoamérica.
Grecia.
Resumen.
Justos entre las naciones.

CONCLUSIÓN BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos exponer cómo en distintos países de Europa la Iglesia católica estuvo presente y con el apoyo y las órdenes del Papa Pío XII se pudieron salvar miles de judíos perseguidos. Según el escritor judío Pinchas Lapide (1922-1997), teólogo judío, diplomático israelí y cónsul israelí en Milán, en su libro *Los tres últimos Papas y los judíos*, la Iglesia salvó casi un millón de judíos de la muerte. Él admite como muy probable la cifra de 860.000 y quizás más. Una cifra calculada grosso modo.

Al exponer la ayuda recibida de la Iglesia en diferentes países queremos demostrar que el Papa Pío XII no se calló por debilidad, sino para evitar males mayores y así se lo aconsejaron muchos obispos y diplomáticos que conocían a Hitler y sabían que una declaración pública anti-nazi, no solo no iba a calmar la persecución, sino que, como en el caso de Holanda, se aumentaría contra los judíos católicos.

Hitler no se dejaba intimidar por la Iglesia, a quien quería hacer desaparecer ya que consideraba a los judíos y a la Iglesia católica como los dos peores males de la humanidad que había que destruir.

Él consideraba al cristianismo como una ideología inferior, porque era para los débiles, que se dejan llevar de la compasión y del amor, cuando hay que suprimir a los no arios y a todos los opositores, que por serlo, tampoco merecían vivir. Su ideología estaba basada en el antiguo paganismo germánico. Por eso, tanto Hitler como sus íntimos asesores eran partidarios de actuar de acuerdo con los astrólogos, buscando así la suerte por medio de horóscopos, adivinos y ocultistas. Jesucristo para ellos debía desaparecer de la faz de la tierra. La astrología y el paganismo antiguo decían que era superior al cristianismo. Hitler era muy supersticioso. Algunos hasta creían que estaba endemoniado o influido poderosamente por el demonio, ya que sus rabiets en algunos momentos parecían cosa de locos y actuaba como tal en ciertos momentos, sobre todo al final de su vida, cuando se dio cuenta de que todos sus planes y las ilusiones que se había hecho en los momentos gloriosos de sus victorias guerreras se caían a pedazos.

Quizás hubiera podido decir, como cuentan del emperador anticristiano Juliano el apóstata: *Venciste, Galileo*. Reconociendo que Cristo había vencido y él había sido derrotado y que el mundo nuevo y la nación pura con la que había soñado, había sido solo una ilusión de su mente enferma y supersticiosa. Y lo único que le quedaba era el suicidio y quizás, no se sabe, una eternidad sin Dios. Ojalá aprendan los seres humanos a confiar más en Dios y menos en ideologías

antiguas o modernas de dioses paganos, que solo pueden llevar a la ruina, al fracaso y al infierno en esta vida y después por toda la eternidad.

Pío XII protestó repetidas veces, pero sin éxito. El 11 de marzo de 1940, Von Ribbentrop fue a visitarle y pronunció un largo discurso “sobre la invencibilidad del Reich... la inevitabilidad de la victoria alemana”, aludiendo a la insensatez de las negociaciones del Papa con los enemigos del Führer.

El Papa le oyó en completo silencio, abrió su cajón y comenzó a recitar, en perfecto alemán, la lista completa de las persecuciones raciales y violaciones de los concordatos alemán y polaco cometidas por los nazis, citando fechas y detalles de los crímenes más importantes.

Es difícil contradecir a monseñor Nowowiejski, uno de los seis obispos que pasaron la guerra en campos de concentración alemanes, cuando dice: “Si el Papa no pudo hacer nada contra los criminales nazis que rompían habitualmente sus promesas y hacían caso omiso de todas las obligaciones diplomáticas; si no consiguió salvar de la muerte a sus propios sacerdotes, ¿cómo se puede esperar que Hitler hubiera atendido sus peticiones a favor de otros?”

Emanuel Ringelbaum, el cronista del holocausto polaco, dice en su Diario del 31 de diciembre de 1940 que los sacerdotes de todas las iglesias de Varsovia exhortaron a sus feligreses a olvidar sus prejuicios contra los judíos y a no dejarse mancillar por el odio antijudío predicado por los alemanes, “el enemigo común”. En una nota de su diario correspondiente al mes de junio de 1942, Ringelbaum cita el caso de un sacerdote de Kampinos, que pidió a sus feligreses que ayudaran a los presos judíos de un campo de trabajos forzados cercano. En Pruzany, las monjas católicas salvaron a unas 60 mujeres disfrazándolas con los hábitos de su Orden. Andreas Gdovski, un sacerdote de la iglesia de Ostra Brama, en Vilna, salvó a once judíos escondiéndoles en su iglesia e incluso preparó una estancia camuflada a modo de sinagoga dentro su templo cristiano. Las hermanas ursulinas de Varsovia, las hermanas franciscanas de Laski, las hermanas de la orden de María Inmaculada en Szymanow y Niepokalonow, las hermanas Szarytki de los hospitales municipales de Varsovia y Otwort, arriesgaron sus vidas a diario durante años, albergando, alimentando y vistiendo a judíos hasta 1945¹.

¹ Lapede, pp. 206-210.

POLONIA

Las SS comenzaron a poner en práctica las órdenes de Hitler de resolver el problema polaco, asesinando en masa a la intelectualidad del país. El clero fue una de sus primeras víctimas. Durante los meses de octubre y noviembre de 1939, 214 sacerdotes polacos fueron ejecutados, entre ellos todo el cabildo catedralicio del obispado de Pelplin. Para fines de 1939, 1.000 sacerdotes polacos aproximadamente habían sido detenidos y aprisionados, muchos de ellos en los campos de concentración recién terminados... A partir del 1 de octubre de 1940, solamente en la archidiócesis de Posen, 74 sacerdotes habían sido fusilados o habían muerto en campos de concentración, y 451 estaban encerrados en los campos o en cárceles. De las 441 iglesias de la archidiócesis, sólo 30 seguían abiertas a los polacos.

“En varias regiones de Polonia para fines de 1940 ya sólo quedaba en libertad de ejercer sus funciones un 10 ó un 20 por 100 de los sacerdotes que había habido en 1939; el obispo de Vladislava, monseñor Koza, estaba en Dachau; el obispo de Katowice, monseñor Adamski, estaba exiliado. Los demás estaban desterrados, en la cárcel o detenidos... Para 1943, de las veinticinco diócesis de Polonia, seis estaban vacantes, en siete no había un solo obispo y de los obispos polacos ocho estaban en exilio, dos en campos de concentración y dos en poder de la policía; sólo en Dachau había unos 2.000 sacerdotes y muchísimos más habían muerto en otros campos de concentración y en centros de exterminación”.

“El clero polaco fue de los primeros en ser perseguido. Dos mil ochocientos sacerdotes, entre ellos el obispo coadjutor de Wloclawek, que murió de tifus, fueron internados en campos de concentración. En abril de 1945 sólo quedaban vivos 816, todos los demás habían muerto”.

Probablemente algunos de los hechos más nobles de la historia de la caridad cristiana tuvieron lugar en Dachau, “uno de los campos de exterminio más horribles y crueles que ha concebido la maldad humana”, como escribió el cardenal Montini unas pocas semanas antes de ser elevado al trono pontificio, en su prólogo a las Memorias de monseñor F. Korszynski: Un obispo polaco en Dachau.

¿Fueron necesarias las torturas más infernales para unir a sacerdotes cristianos y a judíos en esa sencilla y conmovedora hermandad humana que Jesús nunca se cansó de predicar? Leyendo cómo los sacerdotes daban silenciosamente a sus compañeros judíos de prisión una raja fina de pan. o una

venda salvadora, o la ración de patatas del día entero, no puede uno menos de reflexionar sobre la proximidad y altura de la caridad cristiana.

En Polonia durante la guerra asesinaron 4 obispos y 1996 sacerdotes, 113 clérigos y 238 religiosos. El número de deportados a los campos de concentración fue 3.642 sacerdotes, 389 clérigos, 341 frailes y 1.117 religiosas ².

En 1941, además de los muchos sacerdotes y religiosos polacos metidos en campos de concentración, se clausuraron los seminarios de cuatro obispados, al igual que noviciados y colegios de algunas comunidades religiosas. Muchas iglesias tuvieron que cerrar por falta de sacerdotes y en las que permanecieron abiertas solo se permitía el culto en ciertas horas determinadas. En algunas regiones se prohibió el uso de la lengua polaca en las celebraciones litúrgicas. Se prohibió a los polacos contraer matrimonio antes de los 28 años para los varones y de 25 para las mujeres. Las catedrales de cuatro grandes ciudades se utilizaron para usos profanos y se suprimió el uso de ayuda financiera al clero. A los trabajadores polacos en Alemania se les prohibía contraer matrimonio legal. La asistencia sanitaria estaba bloqueada por las autoridades alemanas para ellos y les prohibían hasta confesarse en polaco.

El cardenal de Polonia, en octubre de 1942, decía: *Deploramos profundamente no poder comunicar a nuestros fieles las cartas de Su Santidad, porque eso serviría de pretexto para nuevas persecuciones y ya tenemos víctimas sospechosas de comunicarse secretamente con la Sede apostólica* ³.

El 2 de junio de 1943 el Papa habló sobre *el trágico destino del pueblo polaco, rodeado de naciones poderosas y que está convulsionado por las vicisitudes y vaivenes de un dramático ciclón de guerra*. El 11 de junio, el cardenal Hlond de Polonia respondía en carta al Papa que los polacos habían tenido necesidad de esa declaración para poner fin a las insidias de la propaganda alemana ⁴.

Polonia sufrió mucho durante la guerra. Perdió el 22% de su población. Rusia perdió el 21.4%. Yugoslavia el 10.8%. Alemania el 8.4% Francia el 1.3%. Además la Iglesia polaca sufrió la muerte de seis obispos, más de 900 sacerdotes y casi 900 religiosos y religiosas (Datos de Andrea Riccardi, *La guerra del silencio*, Ed San Pablo, 2023, p. 53). Antes de la guerra había en Polonia tres millones trescientos mil judíos. El 90% perecieron en el Holocausto. En Rusia, especialmente en Ucrania y Bielorrusia, el 44 % de los judíos soviéticos fueron

² Blet p. 105.

³ Blet, pp. 121-122.

⁴ Blet, p. 126.

asesinados. Las noticias de las masacres de judíos llegaron al Vaticano por diferentes medios, pero eran incompletas y no del todo ciertas en algunas cosas. Si Pío XII debiera haber hablado sobre las masacres, también debía haber hablado sobre todo de las crueldades y masacres de los soviéticos, lo que no les hubiera gustado a los aliados británicos y norteamericanos. Además ¡cuántas masacres no cometieron también los aliados arrasando ciudades y matando con los bombardeos miles y miles de civiles inocentes! Angelo Martini, uno de los jesuitas que colaboró en la recopilación de Actas y documentos de la Santa Sede durante la segunda guerra mundial, dice que las crueldades y la inimaginable extensión del sistema de campos de concentración se conocieron solo al final de la guerra.

El padre Scavizzi observa: En Cracovia, en Leopoldo y en las principales ciudades de Polonia, los judíos han sido relegados a un gueto donde evidentemente reina la inmundicia y la miseria. No llevar el brazalete con la estrella de David o la tarjeta de identificación o encontrarse fuera del gueto a una hora determinada, puede suponer el asesinato inmediato. Las autoridades determinan los diversos trabajos que se ven obligados a realizar los grupos de judíos bajo el látigo de los oficiales, que no ahorran los castigos... Es evidente que el gobierno de ocupación pretende eliminar a los judíos con varios sistemas, de los cuales el más frecuente y conocido es el ametrallamiento en masa. Grupos de familias judías son deportadas a pocos kilómetros de la ciudad cerca de las trincheras de guerra o en lugares donde previamente se han excavado enormes fosas, obligando a los propios hombres judíos a realizar este trabajo. Al borde de las trincheras o de las zanjas, estos grupos de cientos y cientos y a veces miles de personas, son inexorablemente ametrallados y arrojados a las propias zanjas ⁵.

A los judíos se les prohibía usar tranvías, entrar en establecimientos públicos e incluso caminar en grupo. En Viena, una enfermera italiana de la Cruz Roja al ver a un pobre anciano judío que no sabía cómo cruzar un largo camino helado, le tendió el brazo para sostenerlo y le ayudó a cruzarlo. Esta fue la reacción: Todo el mundo se detuvo a mirarla con asombro y terror, porque se suponía que un judío no tenía derecho a ser socorrido ni siquiera por la Cruz Roja. Los judíos ni siquiera pueden caminar por la acera. Los soldados italianos y el capellán militar a cargo del ejército militar en Rusia, Arrigo Pintonello, relatan las atrocidades y masacres: Mujeres enterradas vivas, niños arrojados y golpeados con revólveres antes de caer en la fosa ya preparada, jóvenes y muchachas, todos formaban parte del objetivo... El gueto de Varsovia albergaba a más de medio millón de personas y quedó reducido a solo 50.000 ⁶.

⁵ Informe de Pirro Scavizzi Pío XII del 19 de enero de 1942, en Asuntos extraordinarios, parte I (1939-1948), Rusia, pos 695.

⁶ *Ibidem*.

Entre tanta crueldad hubo muchos no judíos que arriesgaron su vida por salvarlos, como Tadeus Pankiewicz, un farmacéutico polaco que, con su farmacia dentro del gueto de Cracovia, pudo ayudar y salvar a miles de judíos. También podemos recordar a la polaca Irene Sendler, que salvó a 2.500 niños del gueto de Varsovia.

La Institución Yad Vashem de Israel reconoció como justos entre las naciones a 7.177 polacos.

FRANCIA

En Francia una serie de leyes de septiembre de 1940 comenzaron por negar a los judíos derechos humanos básicos; luego vino el registro forzoso, la marca de los establecimientos judíos con un signo distintivo, la prohibición de estar en la calle después de cierta hora y la estrella amarilla en la ropa. La preparación de “campos de concentración” continuó al mismo tiempo que el saqueo de las propiedades judías y de esto se pasó a la última fase: deportación al Este, a morir.

Para asegurarse de que la destrucción de la comunidad judía procedería de acuerdo con el programa, Eichmann en persona se desplazó a París con objeto de supervisar la ejecución de sus planes.

A raíz de la primera deportación de judíos de Francia, el arzobispo Saliège de Toulouse redactó una memorable declaración para que todos los sacerdotes de su diócesis la leyeran desde sus púlpitos.

El prefecto de Toulouse se enteró a tiempo de la existencia de esta carta pastoral e inmediatamente exigió a Saliège que la mandase retirar. Saliège replicó:

“Mi deber es enseñar moral a la gente de mi diócesis, y también a los funcionarios del Gobierno, siempre que sea necesario”.

Por orden expresa de Pío XII, el Osservatore Romano y Radio Vaticano repitieron dos veces la protesta de Saliège y la comentaron durante seis domingos seguidos. Fue también Pío XII quien elevó a Saliège al cardenalato a comienzos de 1946. Cuando Laval se enteró de la protesta de Saliège llamó al delegado del Nuncio. Y dijo que comunicara al Papa “*la determinación del Gobierno francés de no permitir intromisiones de este tipo en los asuntos internos de Francia*”.

Laval advirtió también a Rocco, sabiendo bien lo que decía, que “si el clero intentaba dar refugio a judíos deportables en iglesias o conventos, él no vacilaría en dar orden a la Policía francesa de que entrara a sacarlos de allí”.

El 9 de junio de 1943, dos policías alemanes de paisano llamaron a la puerta de una casa de la Rue Perchepinte. Entraron en el despacho y preguntaron:

“¿Es usted el señor Saliège?”

“Sí”, respondió él, levantándose de la silla.

Llamó a su vieja ama de llaves, la hermana Henriette, se puso el sombrero y el abrigo y dijo:

“Estoy listo”.

Cuando iban ya camino de la puerta, la monja gritó:

“¿Están ustedes locos? ¿Van a detener a un viejo enfermo de setenta y cinco años? ¡Si ni siquiera puede andar sin bastón! Si sale de esta casa serán ustedes responsables de su muerte”.

Los dos policías hablaron entre sí unos minutos y luego dijeron: “Volveremos mañana”. Pero no volvieron.

Mientras los esbirros de Eichmann entraban en París y capturaban a 12.884 judíos, otros prelados franceses siguieron el ejemplo del de Toulouse. El obispo de Montauban, monseñor P. M. Théas, dio orden a sus sacerdotes de que leyeran un mensaje urgente en el que decía:

“Proclamo que todos los hombres son hermanos, creados por un solo Dios. Las actuales medidas antisemíticas son una violación de la dignidad humana y de los derechos sagrados del individuo y de la familia. Que Dios consuele y dé fuerzas a los perseguidos”.

El obispo de Montauban fue luego deportado, pero otros eclesiásticos se levantaron en sus púlpitos para hacer pública la indignación de la Iglesia. Así, por ejemplo, el obispo Delay, de Marsella, Moussaron, de Albi, y Remond, de Niza. Una declaración conjunta, con las iniciales del cardenal Suhard de París y la firma de todos los cardenales y obispos de la Francia ocupada, redactada en julio de 1942 y enviada al mariscal Petain, decía:

“Profundamente indignados por los arrestos en masa y el trato inhumano de que son objeto los judíos, no podemos contener los gritos de nuestras conciencias. En el nombre de la humanidad y los principios cristianos levantamos nuestras voces en defensa de los derechos inviolables del ser

humano... pedimos su cooperación, para que la justicia y la caridad sean respetadas”.

En septiembre de 1942, cuando los esbirros de Eichmann detuvieron a seis familias judías apátridas, los agentes franceses, precisamente porque eran franceses, dieron a los deportados a elegir entre llevar a sus hijos consigo o dejarlos en Francia: tenían que tomar esa decisión en una hora. Era de noche, pero despertaron al cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, que era también presidente de “Amitié Chrétienne”, organización de ayuda a refugiados judíos. Ante la petición de los desdichados padres, el cardenal acogió a los nueve niños en su propia casa, garantizando su seguridad y prometiendo por escrito no hacerles bautizar.

Cuatro días después, cuando el prefecto, por orden de Eichmann, fue a la casa del cardenal a hacerse cargo de los niños, ya no estaban allí. Cuando le preguntaron su paradero, el cardenal Gerlier replicó (y mencionó luego esta respuesta en un informe que envió al Vaticano):

“Monsieur le préfet, no me consideraría digno de ser arzobispo de Lyon si respondiese a su pregunta. Adiós, muy buenas”.

En vista de que las detenciones continuaban, Gerlier decidió hacer una protesta pública. Trató de hacerla en su semanario diocesano Semaine Religieuse, pero el censor se lo impidió. Así pues, mandó escribir un mensaje a máquina, lo reprodujo en ciclostil y se lo envió a todos los sacerdotes por medio de católicos de la ciudad.

“Las deportaciones de judíos que están teniendo lugar ahora”, decía, “son causa de escenas tan penosas que no nos queda otro remedio que levantar la voz contra ellas. Somos testigos de dispersiones de familias en que nada se tiene en cuenta: ni la tierna edad, ni la debilidad, ni la enfermedad... ¿Quién podrá impedir a la Iglesia, en esta hora triste, confirmar en voz alta los derechos irrefutables de los hombres, la santidad de los lazos familiares, la inviolabilidad del derecho de asilo y la caridad fraterna que Cristo nos ha enseñado...? El honor de Francia exige que no abandonemos nunca estos principios...”.

Laval no tardó en poner en práctica su amenaza. Tres días después del mensaje de Gerlier, su hombre de confianza, el jesuita Chaillet, fue detenido y acusado de tener escondidos a ochenta niños judíos.

La verdad era que tenía a más de 200 en diversas Instituciones y edificios de los jesuitas, con la complicidad activa del cardenal, que les puso a todos a salvo en cuanto Chaillet fue a la cárcel. Chaillet, que luego fue puesto en

libertad, salvó por sí solo, según parece, a mil ochocientos judíos. En el número 1.943 del Bulletin of the United States National Conference of Christians and Jews, leemos, en las páginas 24 a 26: “Como consecuencia de la entereza de la Iglesia, Laval ordenó la detención de todos los sacerdotes católicos que fueran cogidos escondiendo a niños judíos en sus iglesias. En el término de tres meses, más de ciento veinte párrocos... fueron súbitamente sacados de sus casas y llevados a Metz, de donde fueron deportados al Este, “a un lugar desconocido”... El primer conflicto importante entre la Iglesia y el Estado desde el comienzo de la ocupación alemana tuvo lugar por causa de la detención de clérigos franceses que se oponían activamente a los decretos antisemitas”.

El lugar de Chaillet fue ocupado en seguida por otros. Uno de los ayudantes de Chaillet, el abate Alexandre Glesberg, dijo en una entrevista publicada en el periódico judeonorteamericano Forward en 1945:

“Yo no soy un héroe... no he hecho nada heroico. Los dos mil judíos que yo ayudé a salvar son como una gota de agua en el océano”.

Charles Devaux, de la Orden de Nuestra Señora de Sión, pasa por haber salvado a 443 niños judíos y a más de 200 adultos. El padre R. P. Felury fue elogiado por Yad Vashem, en Jerusalén, en agosto de 1964, por haber salvado a varios cientos de niños de un campo de concentración situado cerca de Poitiers. La hermana Alice Ferrare ayudó a esconder y cuidar a quince niños judíos durante tres años. Los actos de valor y abnegación fueron innumerables y muchos no se sabrán nunca.

El padre Marie-Benoit, capuchino, dotado de excepcional talento para organizar y de energía casi inagotable, transformó su monasterio, situado en el número 51 de la Rue Croix-de-Régnier, en Marsella, en una agencia de salvamento. En el sótano, un taller improvisado, fabricaba cientos de documentos de identidad, certificados de bautismo y otros papeles. El primer piso era el punto de partida de rutas clandestinas que, dos veces a la semana, conducían a los refugiados judíos y antinazis a España y Suiza. Cuando los alemanes ocuparon Marsella, el fraile recibió de sus amigos el consejo de irse de la ciudad. Fue a Niza, reorganizó sus rutas clandestinas e inmediatamente miles de judíos comenzaron a salir de Marsella camino de la “zona italiana”.

Marie-Benoit pidió a la Santa Sede que persuadiera al Gobierno español a autorizar a sus consulados en Francia para dar visados de entrada a todos los judíos que pudieran demostrar “ascendencia española”. A petición del Papa, según parece, España accedió a esto con una serie de reglas que entraron en vigor en el plazo de tres semanas y disponiendo que en casos dudosos, el padre Marie-Benoit serviría de “árbitro imparcial”. Unos dos mil seiscientos judíos

crizaron los Pirineos gracias a la astucia de Benoit. Cuando la Gestapo se percató de sus “hazañas españolas”, Benoit, por insistencia de sus amigos, se fue a Italia. En Roma se dedicó a cooperar con DELASEM, la Sociedad de Ayuda a los Emigrantes Judíos, que funcionaba entonces clandestinamente en el Colegio Internacional de los Capuchinos, en el número 159 de la Vía Siciliana. Con ayuda del Vaticano pudo establecer contacto con funcionarios amigos italianos, suizos, húngaros, franceses y rumanos. Antes de mucho tiempo varios cientos de refugiados judíos tenían ya documentación “aria”, y algo más tarde, cartillas de racionamiento también. Alcide de Gasperi, el que fue luego primer ministro italiano, fue uno de los muchos que aconsejaron al intrépido capuchino, durante una de sus visitas a la Biblioteca Vaticana, que anduviera con más prudencia. Su despacho fue registrado varias veces por la Gestapo y en dos ocasiones evitó ser arrestado por policías alemanes a fuerza de pura fanfarria. Finalmente, en febrero de 1945, accedió a esconderse. Su obra estaba ya casi terminada. Francia le ha condecorado con tres medallas y los que salvó compitieron entre sí por mostrar su gratitud a este fraile, modesto y tenso, pero fuerte y nervioso; el honor que más le halaga, según él mismo dice, es el apodo de “père des juifs”, padre de los judíos.

Y este no es más que uno de los muchos capítulos del libro de oro de la solidaridad francesa. “El resultado de todo esto”, concluye León Poliakov, que es uno de los supervivientes, “fue que unas tres cuartas partes de los judíos de Francia, o sea, más de doscientas mil almas, pudieron salir vivos de los años de prueba...”.

El periódico de Londres Jewish Chronicle publicó el 11 de septiembre de 1942 un artículo de fondo en el que se lee esto: “El Vaticano merece el profundo y sincero agradecimiento de los judíos por su intervención en Berlín y Vichy en defensa de sus torturados correligionarios franceses... fue una medida que pidieron con insistencia muchos católicos, lo cual les honra, pero para tomar la cual, de eso estamos seguros, el Santo Padre personalmente, con su intensa humanidad y su clara comprensión de las verdaderas y mortales consecuencias de esta agresión contra el pueblo judío, no necesitaba que le insistieran...”⁷.

Entre los justos entre las naciones. Mención especial merece la religiosa de la caridad Helene Studler, que organizó una red de ayuda y salvó a miles de peregrinos, judíos y no judíos.

⁷ Lapidé, pp. 211-220.

HOLANDA

Aunque el clero católico de Holanda protestó más enérgica, firme y frecuentemente contra las persecuciones antijudías que las jerarquías religiosas de los demás países ocupados por los alemanes, fueron deportados de Holanda y enviados a los campos de exterminio unos ciento diez mil judíos, o sea, un setenta y nueve por ciento del total, más que en ningún otro país del Occidente.

Animadas por sus obispos, miles de familias holandesas lo arriesgaron todo, hasta sus vidas, para esconder a judíos en sus áticos, desvanes, sótanos o cobertizos. De los cuarenta mil judíos así escondidos sobrevivieron en total unos quince mil, los demás, como las dos nobles familias que dieron refugio a Anna Frank, fueron enviados a campos de concentración.

Cuarenta pastores protestantes y cuarenta y nueve sacerdotes católicos murieron en prisiones alemanas, campos de concentración y centros de exterminación. Pero no todo fue tragedia. La Organización Nacional pro Ayuda de los Escondidos (“Landeliske Organisatsie for Hulp aan On derduikers”), el Comité (“Het Comité”) especializado en esconder a niños judíos, el Centro de Documentos de Identidad (“Persoons Bewiis Céntrale”) que proporcionaba documentación a los judíos, y un grupo católico que se asignó a sí mismo la tarea de ayudar a los judíos de Rotterdam a establecer una sinagoga clandestina salvaron muchos miles de vidas. Los tres casos siguientes son bastante característicos de los miles de héroes desconocidos que salvaron valientemente a veinticinco mil hermanos de Anna Frank, de los que unos diez mil fueron sacados clandestinamente de Holanda.

Joop Westerweel, hijo de un pastor protestante y dirigente clandestino, llevó varios grupos de cuatrocientos niños a través de los Países Bajos hasta Francia y España; capturado en 1944, fue torturado y asesinado por los nazis en los bosques cercanos a Vught.

Johannes Bogaard salvó la vida a unos trescientos judíos, escondiéndoles en su casa y en las granjas vecinas. Dionysus y Cornelia Bakker salvaron a unos ochenta judíos, buscándoles sitios donde esconderse y surtiéndoles de alimentos y otras cosas necesarias durante años enteros. El señor Bakker acabó siendo cogido por los nazis en una de sus expediciones diarias y asesinado ⁸.

⁸ Lapidé, pp. 226-227.

El 17 de febrero de 1942 varios representantes de las Iglesias católica y reformada de Holanda se entrevistaron con el Comisario del Reich en Holanda Seyss-Inquart y protestaron por las medidas antijudías. En junio de ese año 1942 los judíos recibieron orden de ponerse la estrella amarilla. Los holandeses se solidarizaron con ellos y se pusieron flores amarillas en las solapas de sus chaquetas. El 26 de julio los obispos holandeses católicos protestaron con una carta pastoral que se leyó en todas las parroquias. Las represalias no se hicieron esperar. El 2 de agosto la Gestapo se apoderó de los católicos holandeses de origen judío, entre ellos de Edith Stein (ahora santa) y de su hermana, que vivían en el convento de carmelitas descalzas. También se tomaron represalias contra las iglesias y los sacerdotes, que fueron tratados con dureza. Se confiscaron las propiedades eclesiásticas y, sin embargo, por no haberse unido a la carta pastoral, los protestantes reformados quedaron inmunes. Las represalias contra los judíos católicos siguieron adelante. La condena pública de los obispos católicos solo sirvió para que miles judíos, católicos o no, fueran perseguidos y deportados. En mayo de 1943 ya habían sido deportados 60.000 judíos holandeses.

El 13 de agosto de 1942 el internuncio Giobbe hace saber al cardenal Maglione que las medidas que están tomando en Holanda las autoridades germánicas respecto a las instituciones católicas y a los sacerdotes, demuestran siempre una tendencia más hostil y maligna. Y añade:

“Respecto a la persecución de los judíos en Holanda, una persona llegada recientemente de La Haya me ha relatado algunas de las medidas tomadas en contra de aquéllos, a los que se les obliga a llevar una estrella amarilla en la parte izquierda del pecho, se les prohíbe viajar en tren, en tranvía y en bicicleta. No pueden entrar en los locales públicos, y menos todavía servirse de los peluqueros no judíos. A los mismos les ha sido prohibido, igualmente, acudir a médicos que no sean judíos, así como a los ciudadanos arios se les prohíbe utilizar los servicios de médicos que no sean arios. Las mujeres hebreas entre 14 y 40 años han sido deportadas, se dice que a Polonia, y, para llevar esto a efecto, son cercados enteros barrios de la ciudad para encontrar mejor de esta forma a las indicadas mujeres, que son arrestadas de inmediato. La misma persona me ha informado que en la ciudad de Ámsterdam, en pocos días, han sido encontrados en los canales 170 cadáveres de mujeres que se habían lanzado al agua para huir a la deportación”.

Entre las represalias alemanas estuvo la expulsión del internuncio Giobbe, quien, el 9 de octubre, pero ya desde la misma Roma, informa a Maglione de que lo que ha provocado la ira de los germánicos ha sido la valiente pastoral publicada por los obispos holandeses en contra de la deportación de judíos y de la persecución de los mismos en Holanda. Pero lo hermoso es que en un país tan

pequeño fueron reconocidos por Israel como justos y salvadores de judíos 5.190 holandeses.

BÉLGICA

La población judía de Bélgica, en vísperas de la invasión alemana, ascendía aproximadamente a unas noventa mil personas, de las cuales unas treinta mil eran refugiados de Alemania y Austria. Para septiembre de 1944, cuando los ejércitos aliados liberaron el país, los alemanes habían conseguido eliminar a unos veinticinco mil; los demás, o sea, cosa de setenta y cinco por ciento del total, consiguieron sobrevivir, gracias, sobre todo, a dos motivos:

1.- “Los judíos belgas fueron protegidos por el general en jefe alemán, von Falkenhausen, a quien apelaron la reina Isabel y el cardenal van Roey”.

2.- “En Bélgica los obispos apoyaron activamente los esfuerzos del clero, que escondió a muchos cientos de niños judíos. En toda la extensión de Europa Occidental incontables Sacerdotes y miembros de las Órdenes monásticas organizaron el salvamento de los judíos, escondiéndoles en monasterios, parroquias y casas particulares. Muchos civiles católicos en Francia, Holanda y Bélgica se condujeron de la misma manera, salvando miles de vidas judías”.

En el caso del mensaje de Navidad de Pío XII de 1942, las represalias alemanas fueron más duras:

“La Gestapo entró en la imprenta de Casterman, en Tournai, que trabaja para el arzobispo, destruyó todos los tipos ya preparados y prohibió terminantemente que fuera distribuido el mensaje papal, amenazando con cerrar el establecimiento entero si esta orden era contravenida”.

A pesar de todo, los mensajes del Papa fueron leídos en cientos de iglesias.

El abate Antoine de Breucker, consiguió distribuir entre diversas familias a doscientos cincuenta niños judíos; más aún, su organización tenía refugiados a ciento veintiséis adultos, de los que cuarenta eran mantenidos personalmente por él”.

Un grupo católico de Notre Dame de Zion privó a los trenes alemanes de la deportación de doscientos niños judíos, que fueron hábilmente escondidos en diversos conventos por toda Bélgica. El padre Joseph André dirigió una casa

llena de niños judíos y apoyó vigorosamente las actividades salvadoras del obispo de Namur, monseñor Charue, y los jesuitas locales y las "hermanas de la Caridad". El padre Andró no sólo vistió, alimentó y escondió a sus jóvenes protegidos, sino que dio a todos ellos una sólida educación judía. En 1943 se llegó a arriesgar, y no era pequeño el riesgo, a celebrar un Seder completo durante la Pascua judía.

El padre Bruno Reynders, un benedictino de César, cerca de Lovaina, fue invitado a Israel en 1963 y festejado oficialmente por Yad Vashem y otras Instituciones del Estado "por haber salvado a trescientos siete judíos de una muerte cierta con sus operaciones de socorro. Se dedicó enteramente a salvar a niños judíos, en cuyo bienestar, educación y seguridad no escatimó esfuerzo alguno".

El padre Louis Celis educó a cuatro niños judíos, cuyos padres habían sido deportados. Los cuatro, dos niños y dos niñas, pasaron tres años en su casa, donde él les enseñó el hebreo y la Torah y todas las noches les hacía decir sus oraciones antes de acostarse. En 1944 organizó un Bar-Mitzvah, o sea, una confirmación judía, para uno de los chicos, y en 1945 ayudó a los cuatro a emigrar a Israel. En 1950 fue a Israel a asistir a la boda de uno de "sus chicos", que tuvo lugar en Jerusalén.

El padre Edouard Froidure salvó a unos trescientos niños judíos prácticamente él solo. Este sacerdote dirigía un campo de niños refugiados, a la mayoría de los cuales pudo dar documentación aria. Finalmente los alemanes le cogieron y pasó por tres campos de concentración hasta que las tropas aliadas dieron con él en Dachau. A esto, el Bulletin of the National Congress of Christians and Jews de Norteamérica añade en su número de 1943:

"A fines de 1942, los nazis detuvieron en la pequeña ciudad de Den Dorst, a un sacerdote que había invitado a su Congregación a rezar por los ciudadanos judíos de Bélgica. Otro sacerdote fue ejecutado por dar refugio a cien niños judíos a pesar de los decretos antisemitas. Según periódicos controlados por los nazis las autoridades de ocupación en Bélgica han descubierto una organización pro-judía, dirigida por un sacerdote. Los actos de vandalismo contra la residencia de Joseph Ernest van Roey, cardenal primado de Bélgica, la detención de numerosos sacerdotes acusados de delitos "políticos", las severas regulaciones sobre los casos en que puede decirse misa por el alma de los patriotas ejecutados y las nuevas confiscaciones de propiedad eclesiástica indican lo completamente que han fracasado los nazis en sus esfuerzos por tener dominada a la Iglesia".

El padre Bruylants escondió a quince niños judíos durante dos años. Monseñor Kerkhofs, obispo de Lieja, dio orden a todos sus sacerdotes de que ayudasen y socorriesen a las víctimas de la persecución; él mismo escondió al rabino de Lieja en su obispado durante toda la guerra. Cuando los alemanes fueron a registrar su residencia se disfrazó con una sotana y le presentó a la Gestapo como su secretario particular. Unas seiscientos cincuenta personas hallaron seguridad en monasterios y casas situadas dentro de los confines de su diócesis. Hubo varios cientos de héroes como éste, cuya caridad es inferior únicamente a su modestia y de quienes nunca sabremos. Gracias a ellos unos sesenta y cinco mil judíos vivieron para vitorear a los aliados en tierra belga. “El día de la liberación”, concluye el resumen belga de estas actividades, “muchos cientos de cartas de agradecimiento llegaron al cardenal van Roey, firmadas por judíos, entre ellas una del rabino en jefe Ullmann, cuyas vidas habían sido salvadas gracias a su intervención”.

El pueblo judío, que se había visto cruelmente despojado de un millón y medio de niños, no podía permitirse el lujo de perder a los que habían escapado a la exterminación.

“Era esencial conseguir el permiso de la Iglesia católica para recuperar a los niños que habían sido escondidos por ella durante los años de persecución”, leemos en el informe del secretario general del Congreso Mundial Judío”, el cual dice a continuación: “El 21 de septiembre de 1945 fui recibido en audiencia privada por el Papa Pío XII y, después de expresarle la gratitud del pueblo judío por haber escondido misericordiosamente a tantas víctimas infantiles de la ferocidad alemana, le rogué que no pusiera obstáculos a su vuelta a la comunidad de sus padres muertos. Recibí la seguridad absoluta de que en este asunto tan delicado se seguiría la línea de conducta más humanitaria”.

Que la política de la Iglesia en este asunto fue ciertamente humanitaria es cosa que el Congreso Judío Mundial había oído de la presidente de su departamento británico, la marquesa de Reading, la cual, en una visita que hizo a Francia y Bélgica en diciembre de 1944, declaró: “Lo realmente notable es que, de no haber sido por el heroísmo de numerosos simpatizantes no judíos, miles más de niños habrían sido deportados por los nazis”. En un pequeño número de casos los niños se han hecho católicos o desean convertirse al catolicismo, pero la Iglesia católica se ha abstenido de hacer proselitismo y en un extenso distrito de Francia el cardenal prohibió bautizar a ningún niño judío, aunque fueran sus padres quienes lo solicitaran, ya que las peticiones de este tipo se debían a que los padres querían salvar de esa manera a sus hijos ⁹.

⁹ Lapede, pp. 227-233.

Entre los salvadores de judíos se han conocido a 1.174 belgas.

ITALIA

El 26 de septiembre de 1943, la comunidad judía recibió órdenes de Keppler, el jefe de la Gestapo, de entregar más de cincuenta kilos de oro en el plazo de treinta y seis horas; si no lo hacían, la Gestapo detendría a trescientos en calidad de rehenes. Cuando llegaron a la conclusión de que no era posible reunir tal cantidad de oro, el rabino principal, Zolli, fue a ver a Nogara, jefe del tesoro Vaticano, el cual, con aprobación del Papa, le dio en préstamo unos quince kilos de oro. El 28 de septiembre el precio del rescate fue entregado a la Gestapo sin necesidad de hacer uso del préstamo papal.

Cuando el 16 de octubre comenzó de verdad la detención sistemática de los judíos romanos, tres compañías de policía alemana sólo consiguieron detener a 1.259 personas, de las cuales 1.007 fueron enviadas a Auschwitz. En aquella época había en Roma 9.600 judíos, de los cuales unos 1500 eran refugiados de países ocupados por los nazis. Ocho mil quinientos de éstos, es decir, más del 85 por 100, fueron escondidos por clérigos, monjes, monjas y otros católicos. El entonces rabino principal de Roma, Israel Zolli, dice lo siguiente: “El Santo Padre envió con un propio carta a los obispos ordenándoles levantar la clausura de conventos y monasterios, a fin de que los judíos pudieran refugiarse en ellos...; ningún héroe en la historia fue nunca jefe de tal ejército: un ejército de sacerdotes actúa en ciudades y pueblos distribuyendo pan entre los perseguidos y pasaportes entre los fugitivos. Las monjas van a las cantinas a dar hospitalidad a las refugiadas. Los superiores salen en plena noche al encuentro de soldados alemanes que van en busca de víctimas... Pío XII es obedecido por todos con el fervor que da esa caridad que no teme a la muerte”.

El jefe del Comité de Ayuda Judía de Italia durante la guerra, doctor Raffaele Cantoni, que luego llegó a ser presidente de la Unión de Comunidades Judías Italianas, declaró:

“La Iglesia y el papado han salvado a los judíos en la misma medida y con el mismo interés que si hubieran sido cristianos... Seis millones de mis correligionarios han sido asesinados por los nazis —dice Cantoni, sionista veterano—, pero habrían sido muchas más las víctimas de no ser por la eficaz intervención de Pío XII”. En Roma nosotros vimos una lista de 155 conventos y monasterios italianos, franceses, españoles, ingleses, norteamericanos y también alemanes, la mayoría de los cuales eran propiedad extraterritorial del Vaticano

según el pacto laterano de 1929, que dieron refugio durante toda la ocupación alemana a unos 5.000 judíos romanos. Hasta 3.000 judíos encontraron refugio en diversas épocas en la residencia veraniega de Castelgandolfo; sesenta pasaron nueve meses en la Universidad Gregoriana de los jesuitas y media docena durmieron en el sótano del Instituto Bíblico Pontificio, cuyo rector era entonces el agustino Bea. La guardia palatina que en 1942 constaba de 300 hombres, había aumentado en diciembre de 1942 hasta contar 4.000 hombres, todos los cuales estaban en posesión de los preciosos pasaportes palatinos; 400 de éstos, por lo menos, eran judíos, y unos 240 vivían dentro del territorio vaticano.

“Las SS sabían perfectamente que muchos monasterios estaban sirviendo de refugio a los judíos y a otros perseguidos, pero a pesar de este abuso flagrante de los edificios clericales, Keppler se guardó muy mucho de invadir los edificios extraterritoriales”. A petición del Papa, Keppler, el jefe de la Gestapo, llegó incluso a poner en libertad a dos judíos que estaban ya en el tren de deportados unos minutos antes de ponerse en marcha. En muchas de estas peticiones semificiales el enlace personal del Papa con la Gestapo y el alto mando militar alemán era un monje alemán, el padre Pancrace Pfeiffer, superior general de los Salvatorianos, el cual estuvo a la altura del nombre de su Orden. Solamente en Roma se le atribuye la salvación de 400 rehenes y prisioneros sentenciados a muerte, entre los que había por lo menos ocho judíos, cuyo perdón fue conseguido cuando ya iban camino del paredón.

Que otros prelados de la Curia estaban también ocupados en este trabajo salvador es cosa que sabemos por el teniente coronel John Furman, prisionero de guerra inglés que consiguió fugarse: Además de su trabajo normal en el Santo Oficio del Vaticano, monseñor O’Flaherty tenía tiempo suficiente para organizar alojamiento para los refugiados y escondites para aristócratas, judíos y antifascistas en peligro. Los vestía y les daba de comer. La parte más importante de la entrevista tuvo lugar en la oficina de monseñor O’Flaherty, en el entresuelo del Santo Oficio, que era a donde se llevaba a los fugitivos...; él concentraba todos sus esfuerzos en esta tarea salvadora, tarea para la que estaba singularmente capacitado” (Be not Fearful, por el teniente coronel Furman, M. C. editor Roy, Nueva York, 1959).

En otros lugares de Italia, gracias a la orden papal de levantar la clausura y a las instrucciones secretas de Pío XII al clero “de salvar vidas humanas por todos los medios posibles”, por lo menos 40.000 judíos italianos, y también de otros países que consiguieron escapar a Italia fueron escondidos y salvados por humildes sacerdotes, monjes, granjeros y obreros, docenas de los cuales perdieron sus vidas por este delito. El cardenal de Génova, Boeto, salvó por lo menos a ochocientas personas; el obispo de Asís tuvo escondidos a

trescientos durante más de dos años; monseñor Palatucci, obispo de Campagna, y dos parientes suyos cercanos salvaron en Fiume a novecientos sesenta y uno. A modo de agradecido recuerdo del doctor Giovanni Palatucci, su sobrino, que pagó su caridad con su vida en el campo de concentración de Dachau, el municipio de Ramat, en Israel, dio su nombre a una calle el 23 de abril de 1953. Cuando a monseñor Giuseppe María Palatucci, obispo de Campagna, y al reverendo padre Alfonso Palatucci, provincial de la orden franciscana en Puglia, tíos del difunto Palatucci, la prensa israelí les preguntó el 24 de abril de 1953 por qué motivo habían arriesgado sus vidas para salvar las ajenas, ambos citaron las órdenes del Vaticano, promulgadas en 1942: “salvad vidas por todos los medios a vuestro alcance”.

Los valientes católicos italianos hicieron grandes esfuerzos por poner a los judíos a salvo de los nazis. El mismo Papa Pío concedió asilo en el territorio del Vaticano, en Roma, a cientos de judíos sin hogar. Gracias que les dieron documentos de identidad falsos, cartillas falsas de racionamiento y otros papeles, los judíos de Italia pudieron sobrevivir a la ocupación nazi ¹⁰.

SINAGOGA EN UN MONASTERIO

En el mismo monasterio fundado por San Francisco en Asís, los judíos pudieron rezar en su propia sinagoga, construida en el semisótano del monasterio. Los católicos que oraban arriba sabían que otros seres humanos, víctimas de la opresión nazi, estaban también rezando allí. Los sacramentos y objetos de culto judíos fueron conservados a salvo en el monasterio de Asís, Pío XII trató también de ayudarles de otras maneras.

DELASEM comenzó siendo una organización de emigración judía con sede en Génova, confiscada por los nazis el día mismo que las tropas alemanas ocuparon la ciudad. Horas antes uno de sus dirigentes, Salvatore Iona, consiguió entregar todos los fondos en metálico de que disponía la organización, unos cinco millones de liras, que hoy equivaldrían a cosa de trescientos mil dólares, al cardenal de Génova, Pietro Boetto, el cual envió el dinero por un propio a Roma. Por orden del Papa esos fondos fueron usados por el capuchino padre Bourg D'Iré, a quien desde 1943 hasta 1946 Pío XII encomendó la dirección del Departamento de Asuntos Judíos. Calculándolo bajo, el total del dinero que pasó por las manos del padre D'Iré durante esos tres años ascendió a cuatro millones de dólares, gran parte del cual procedía del Comité Norteamericano de Refugiados Católicos, que lo puso a la entera disposición del Papa.

¹⁰ Lapide, pp. 160-163.

Los organismos del Vaticano gastaron más de un millón de dólares durante la segunda mitad de 1944 en alimentos y ropa para 90.000 necesitados refugiados en instituciones religiosas, hospitales, clínicas y demás.

Si tenemos en cuenta a todos los que obtuvieron comidas calientes, refugio, ayuda médica o meramente un abrigo en los cinco campos de refugiados que tenía el Vaticano en Italia, donde lo único que se necesitaba para percibir esta ayuda era tener hambre o estar en la indigencia, el número de judíos ayudados tiene por fuerza que pasar de 55.000.

Estos son los motivos de que a fines de 1944 una delegación de soldados y oficiales de la brigada judía, a petición del difunto Moshe Sharef, que aún no había cambiado su verdadero apellido, Shertok, y era entonces jefe del Departamento Político de la Agencia Judía, solicitase audiencia con el Papa para darle las gracias por todo lo que había hecho por los judíos perseguidos. Aún recuerdo la bendición que pronunció el Papa en hebreo balbuceante: “Vayshmer chem hashem..”, es decir: que el Señor os bendiga.

En 1955, cuando Italia celebró el X aniversario de su liberación, los judíos italianos hicieron del 17 de abril su “día de gratitud”. Incapaces de mostrar su gratitud a todos sus valerosos conciudadanos, se limitaron a conceder medallas de oro a 23 más abnegados. Entre ellos estaba la madre superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de Sión, en Roma, la cual, personalmente, salvó a 187 judíos, y el padre Benedetto María, que, por orden del Papa, se hizo cargo de la oficina romana de DELASEM en 1943 y no tardó en ganarse el mote clandestino de “Papa de los judíos”.

Uno de los primeros de la lista de condecorados fue el arzobispo Montini, mano derecha del Papa durante toda la guerra y director de los servicios de ayuda y socorro del Vaticano (futuro Pablo VI). Como es costumbre en estos casos, fue consultado primero por una delegación judía, para averiguar previamente si aceptaría la medalla. Montini se sintió muy halagado y visiblemente conmovido, pero, su respuesta fue negativa ¹¹. Un italiano eminente salvador de judíos fue Perlasca.

“No hice más que mi deber”, dijo, y añadió como si acabara de ocurrírsele: “Además, me limité a obedecer las órdenes del Santo Padre. Nadie merece una medalla por esto”.

¹¹ Lapide, pp. 163-164.

Giorgio Perlasca fue un comerciante italiano. Cuando el embajador español en Budapest, Ángel Sanz Britz, tuvo que dejar el país por la inmediata invasión soviética, él se hizo pasar como su sustituto, como si fuera el delegado del gobierno español, y expidió varios miles de visas falsas, salvando a miles de judíos. Y entre los justos sobre las naciones fueron reconocidos 744, ya que muchos salvados lo fueron en conventos.

CROACIA

El 31 de mayo el padre Marcone enviado del Papa a Croacia podía transmitir que el ministro de Asuntos Exteriores le había asegurado que los matrimonios mixtos estaban “protegidos” y que jamás se tomarían medidas contra ellos.

Multitud de personas que hacía años que habían contraído matrimonio mixto y que hasta ayer vivían en continua preocupación de ser arrestados de un momento a otro invadieron nuestra casa, y con lágrimas en los ojos mostraban su agradecimiento a la Santa Sede, que era la única que en un momento tan triste se ocupaba de los hijos de Israel.

Al acusar recibo de esa buena noticia, el cardenal Maglione respondió que “deseaba que ese gobierno se abstuviera de cualquier medida que atentara contra los derechos de los judíos, incluso de los que no habían contraído matrimonio mixto”.

Al cabo de menos de quince días, el 11 de junio, Meir Touval-Weltmann, miembro de una de las comisiones de apoyo a los judíos europeos, envió una carta al delegado apostólico en Estambul, en la que expresaba a Mons. Roncalli su más profundo agradecimiento “por la preciosa ayuda de la Santa Sede, de Vuestra Excelencia, y de Monseñor Righi (secretario de la delegación apostólica)”. La carta iba acompañada de un memorándum en el que, esta vez, se pedía al delegado apostólico que expresara el más vivo agradecimiento de los israelitas al arzobispo de Zagreb, porque sabían que Mons. Dr. Stepinac ha hecho todo lo posible para suavizar la desgraciada suerte de los judíos de Croacia. El memorándum añadía que los judíos residentes en Croacia no eran más de dos mil quinientos. Finalmente, se rogaba a Monseñor Stepinac que continuara su acción para salvar a un centenar de judíos arrestados el mes anterior, entre ellos su gran rabino, y que interviniera para facilitar el viaje de los judíos croatas a Hungría o a Italia, desde donde se esperaba poder trasladarlos a algún país neutral o incluso a Palestina ¹².

¹² Blet, pp. 256-257.

ESLOVAQUIA

Las intervenciones del delegado apostólico en Estambul, Roncalli, futuro Juan XXIII, jugó un papel decisivo. En cuanto recibió el SOS desesperado de los judíos de Bratislava, el señor Ch. Barlas, jefe del Comité de Socorro de la Agencia Judía en Turquía, imploró a Roncalli que interviniera y, si ello era posible, que solicitara el apoyo del clero eslovaco.

“Así será y si Dios me ayuda lo conseguiremos”, dijo el Nuncio, profundamente conmovido, levantando la mano, como leemos en el informe de Barlas”.

Seis semanas más tarde, cuando Barlas hubo recibido confirmación, por intermedio de Suiza, de que no habían tenido lugar más deportaciones en Eslovaquia, corrió a ver a Roncalli para agradecerle su ayuda. El Nuncio, sonriendo, respondió “que ya había sido informado de la buena noticia”, pero que había decidido esperar a que fuera confirmada “por vuestros estupendos medios de comunicación”.

Un año más tarde, cuando Eichman había dado un nuevo impulso a las deportaciones y la cuarta protesta del Vaticano había conseguido detenerlas, Roncalli, en Estambul, escribió a Barlas, de la Agencia Judía, el 22 de mayo de 1943: “Me alegro mucho de poder informarle de que, según informes recibidos de Bratislava, las deportaciones de judíos han sido suspendidas por ahora como consecuencia de la intervención de la Santa Sede”.

Según el historiador judío Poliakov, la suspensión de las deportaciones en 1942 tuvo como consecuencia inmediata, la salvación de casi el 25 por 100 de los judíos eslovacos y tiene que ser atribuida a la presión ejercida por el Vaticano cerca de monseñor Tiso, el jefe del Estado satélite de Eslovaquia.

El rabino Barry Dev Schwartz concluye: “el Nuncio papal, bajo presión directa del Papa, salvó al 25 por 100 de los judíos de Eslovaquia, consiguiendo

hacer cesar las deportaciones en ese país”. (Conservative Jewry, número estival, 1964, Nueva York) ¹³.

HUNGRÍA

En 1944, los setecientos cincuenta mil judíos húngaros eran la comunidad más numerosa que aún existía dentro de la esfera alemana de influencia. En marzo, sin embargo, los alemanes ocuparon el país, se apoderaron de sus instituciones principales y llamaron a sus mejores especialistas en deportación, bajo el mando del mismo Eichmann. El proceso de destrucción que éstos pusieron en marcha es un ejemplo de rapidez y eficiencia., resultado de la experiencia acumulada en tres años de genocidio.

El 23 de marzo, cuatro días después de la ocupación alemana de Hungría, Monseñor Ángelo Rotta, decano del cuerpo diplomático y Nuncio apostólico en Budapest, pidió una audiencia urgente con el señor Sztojaj, el nuevo primer ministro, marioneta nazi que también desempeñaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores. “A partir de aquel día, siguiendo las instrucciones de la Santa Sede y siempre en nombre de Pío XII, el Nuncio nunca cesó de intervenir contra las disposiciones relacionadas con los judíos y contra el carácter inhumano de la legislación antijudía, escribe Jenó Levai. Al día siguiente mismo, el Nuncio volvió a la carga en el despacho del primer ministro, pidiendo “moderación” en la aplicación de todas las medidas raciales.

El 17 de abril de 1944, Hitler mandó llamar al regente Horthy a Alemania, donde acusó verbalmente a su Gobierno de negligencia en la solución de la cuestión judía y exigió acción eficaz y rápida.

Esta no se hizo esperar. Hungría fue dividida en cinco zonas: en cada una de ellas fueron instalados ghettos; las redadas de judíos fueron seguidas por deportaciones y para el 1.º de mayo, los trenes salían ya a diario, de acuerdo con el programa preparado por Eichmann, con destino a Auschwitz. Budapest, donde había unos ciento ochenta mil judíos, fue dejada para el final. La noticia de las atrocidades que estaban teniendo lugar comenzó a cundir y en tanto el Nuncio papal, Monseñor Angelo Rotta, volvía al ataque. El 27 de abril pidió insistentemente y obtuvo otra audiencia con el viceministro de Asuntos

¹³ Lapide, pp. 172-175.

Exteriores, en la que le informó “del profundo pesar del Santo Padre ante la situación existente, que parecía demostrar que Hungría, nación cristiana..., se había lanzado en una dirección contraria a las doctrinas del evangelio”.

El Nuncio con ayuda de un grupo de sacerdotes y religiosas distribuyó cartas pontificias de protección y salvoconductos a razón de 500 diarios. Se repartieron más de 15.000 de estas cartas.

Pero Eichmann no descansaba. El 20 de octubre la Policía húngara llamó a las puertas marcadas con una estrella y reunió de esa forma a unos 22.000 judíos; como ya no había más trenes disponibles, hizo la ignominiosa “marcha de la muerte”, en la que murieron 20.000,

En cuanto Rotta se enteró de esta última atrocidad de Eichmann, la peregrinación a pie de judíos exhaustos, desnutridos y agotados por el trabajo, en dirección a Austria, ostensiblemente con objeto de trabajar en las fortificaciones, pero en realidad para ser asesinados, organizó inmediatamente un convoy de auxilio. Iba delante un coche con la bandera de la Cruz Roja y la insignia papal, seguido de varios camiones con alimentos y medicinas. El jefe del convoy recibió también unos dos mil salvoconductos pontificios, todos en blanco y firmados por Rotta, además de una carta que decía: “El Nuncio apostólico certifica por la presente que el señor Sandor Gyoergy Uívary, representante de la Cruz Roja, ha recibido de la Nunciatura apostólica la misión de localizar en las carreteras y campos a personas de origen judío que gocen de su protección diplomática, a fin de reunirles...”

Gracias a esto pudieron ser salvados unos dos mil judíos, únicos supervivientes de la triste “marcha de la muerte”.

El 15 de octubre, cuando los alemanes se enteraron de los intentos de Horthy de sacar al país de la guerra, rompiendo su alianza con el Eje, se apoderaron de Budapest, detuvieron a Horthy y pusieron en el Poder a Szalasi, el dirigente del partido de la Cruz de Flechas, fanáticamente antisemita. Nuevamente los judíos se vieron a merced de los nazis.

El único resultado práctico de esta nota, de tres páginas de longitud, fue que se promulgaran instrucciones estrictas a todos los jefes de la Cruz de Flechas de respetar los pasaportes extranjeros y las cartas de protección.

Durante todo noviembre, el Nuncio, en colaboración con la Cruz Roja, distribuyó cientos de salvoconductos.

Durante la pesadilla final de noviembre de 1944 a febrero de 1945, cuando los judíos de Budapest quedaron a merced de la Cruz de Flechas, el Nuncio escondió a unos doscientos en su palacio y pidió a los clérigos locales que le imitasen. Los datos incompletos de que disponemos revelan las siguientes cifras: los padres lazaristas escondieron a 30 hombres en su convento; las hermanas de la Caridad dieron refugio a 150 niños y a 50 adultos; el Instituto Sophianum consiguió refugiarse a 80 mujeres y 40 niños; en el convento de Notre Dame de Sión, 110 personas sobrevivieron al último invierno nazi; las hermanas franciscanas admitieron a 120 niños y 30 adultos y ayudaron al Nuncio a extender los pasaportes pontificios y las cartas de protección. La hermana María Estela, su Madre superiora, organizadora infatigable de mil operaciones de salvamento, murió víctima de una bomba de mano en enero de 1945. El hospital de la Congregación de Santa Isabel acogió a 100 judíos, haciéndoles pasar por enfermos hospitalizados, con tan buena suerte que todos ellos sobrevivieron a las inspecciones de los Cruces de Flechas; la sociedad de las hermanas del Sagrado Corazón obtuvo documentación falsa para unos 2.000 judíos, escondió a 20 en su capilla y distribuyó 200 comidas diarias entre los judíos hasta la liberación; 100 muchachas encontraron seguridad en el Collegium Marianum; unas 150 pasaron los últimos meses a salvo de toda tribulación en el colegio de Santa Ana; el Collegium Theresianum salvó a 30 refugiados; el Instituto "Champagnat" de los padres maristas dio asilo a unos 100 niños y 50 adultos; las hermanas ursulinas salvaron a cuarenta niños y 20 adultos; la iglesia parroquial del Buen Pastor escondió a 112 niñas; el centro Caritas refugió a 11 personas; el Collegium Josephianum escondió a 60 niños y dos adultos; las hermanas de la Unión Eucarística trataron a 20 "pacientes"; los padres salesianos ofrecieron protección, alimento y cama a 12 adultos y 40 niños; los padres cistercienses salvaron a 15 y las hermanas carmelitas escondieron en su convento, vistiéndoles y alimentándoles, a 330 judíos por lo menos. El Instituto Ranolder instaló una falsa "fábrica de guerra", con objeto de "emplear" a 100 muchachas judías; 150 judíos fueron escondidos en el colegio jesuita por orden del superior, el padre Jacob Ralle, quien en diciembre de 1944 convirtió su convento en una "Comisaría de Policía" con ayuda de un letrado falso y de cien uniformes de policía robados, lo cual mantuvo a distancia a los esbirros de la Cruz de Flechas hasta que los rusos entraron en la ciudad.

Jano Levai concluye: "Durante el otoño y el invierno de 1944 no había en todo Budapest prácticamente una sola institución católica donde los judíos perseguidos no encontraran refugio".

Más de 100.000 judíos de Budapest, unos 200.000 en toda Hungría, salvados de esta forma, fueron liberados por el ejército rojo el 13 de febrero de 1945, cuando se rindieron los nazis. La parte del Vaticano en esta gran obra fue confirmada por el Congreso Mundial Judío, que, el 4 de diciembre de 1944, en

su conferencia de guerra celebrada en Atlantic City, envió un telegrama de agradecimiento a la Santa Sede por la protección dada, “en circunstancias difíciles, a los judíos perseguidos de Hungría bajo la ocupación nazi”¹⁴.

RUMANIA

Theodore Lavi nos dice que el Nuncio “Monseñor Cassulo” tuvo un papel importante en la salvación de los huérfanos de Transnistria”. Estas noticias fueron conocidas porque Amin el Husseini, gran mufti de Jerusalén, el 13 de mayo de 1943, protestó violentamente a Von Ribbentrop “contra la llegada a Palestina de cuatro mil niños judíos acompañados de quinientos adultos”, y pidió al ministro alemán de Asuntos Exteriores “que hiciese cuanto estuviese en su poder para impedir nuevas emigraciones.

En febrero de 1944 Cassulo recibió una solicitud del rabino en jefe de Palestina, Herzog, que llegó por mediación de Roncalli a Estambul, pidiéndole que dedicara todos sus esfuerzos a salvar a los deportados de Transnistria que aún estuvieran vivos y cuya situación amenazaba empeorar por causa de la retirada de las tropas alemanas, que tendrían que pasar por allí. Roncalli telegrafió al Vaticano el 28 de febrero de 1944:

“El rabino en jefe de Jerusalén, Herzog, vino en persona a la delegación apostólica a dar oficialmente las gracias al Santo Padre y al Vaticano por tanta caridad como ha dispensado a los judíos estos años; implora el interés papal a favor de 55.000 judíos concentrados en Transnistria, en grave peligro durante la posible retirada de las tropas alemanas”.

Pero el Papa actuó antes incluso de recibir las solicitudes de Herzog y Roncalli.

“El 5 de febrero de 1944 el Consejo Judío recibió la cantidad de 1.350.000 lei por medio del Ministerio rumano de Asuntos Exteriores. Esta suma había sido enviada por el Papa Pío XII para ayudar a los judíos de Transnistria”, informa el doctor Lavi, que cita a continuación la carta del Ministerio de Asuntos Exteriores, con fecha del mismo día:

¹⁴ Lapede, pp. 175-185.

“Al presidente del Consejo de Judíos Rumanos, Bucarest: Tengo el honor por la presente de enviarle la suma de 1.350.000 lei, de parte del Papa, que han sido transferidos al viceprimer ministro por su excelencia el Nuncio papal, junto con su particular afecto, a fin de que sean utilizados en ayuda de los judíos de Transnistria.

Firmado: G, Davidescu, secretario general¹⁵.

Sobre Rumania, el 16 de marzo de 1944 el Nuncio dio a entender al Papa que el dinero del Vaticano enviado se estaba acabando, el Papa envió otra remesa. El padre Leiber, secretario particular del Papa, dijo: *El Papa se puso inequívocamente del lado de los judíos en aquellos días. Gastó en ellos toda su fortuna personal. Pío XII gastó todo lo que había heredado de su familia* ¹⁶.

Tengamos en cuenta que en Rumania solo el 16% eran católicos, es decir, unos 3 millones. Cuando Rumania se rindió al ejército rojo el 24 de agosto de 1944, 250.000 judíos recibieron a los vencedores con los brazos abiertos. Fue el país del Eje donde más judíos se salvaron. De labios del rabino jefe, doctor Shafran, sabemos la mucha parte que en esto tuvo el Nuncio papal.

BULGARIA

Después de la concentración de los judíos de Sofía y de las regiones anexionadas de Tracia y Macedonia, se comprobó que el número de judíos deportados era considerablemente menor que el de los que constaban en la lista de deportación... Muchos no fueron detenidos gracias a la intervención de embajadas extranjeras en Sofía; buena parte de estas intervenciones diplomáticas han de ser puestas en el haber del Nuncio papal, que era, además, confesor de la reina Johanna y usó su influencia en defensa de los judíos... El 7 de mayo de 1943, cuando los representantes judíos se reunieron por primera vez con el Nuncio, le pidieron que usara su influencia con la reina y los embajadores católicos con objeto de conseguir que el rey y su Gobierno impidieran nuevas deportaciones. Prometió hacer cuanto estuviera en su mano y nos dijo que volviéramos a visitarle al día siguiente, después de anochecido... Los esfuerzos del Nuncio tuvieron éxito, aunque no completo... Varios cientos de judíos de Tracia y Macedonia deben también sus vidas a la intervención activa del enviado papal... Más adelante, cuando las deportaciones amenazaban comenzar de nuevo, nos prometió pedir una audiencia urgente a la reina e insistir en que consiguiera

¹⁵ Lapidé, pp. 190-191.

¹⁶ Revista Look del 17 de mayo de 1966, pp. 40-50.

del rey la revocación de la orden de deportación. Salvó así a 49.000 judíos de la deportación y la muerte. Fue considerado justo entre las naciones por Israel.

En Bulgaria, el vicepresidente de la Asamblea nacional Dimitar Pesev, usando su prestigio político e involucrando a un grupo parlamentario, logró desenmascarar la deportación que el gobierno quería realizar en silencio. Y mostró cómo se podía luchar con éxito incluso en una situación en la que el control político de Alemania era fuerte a pesar de la independencia del país ¹⁷.

ESPAÑA

Nehemías Robinson, del Congreso Mundial Judío, escribió: “No cabe duda de que España, después de la caída de Francia, permitió el tránsito de judíos por su territorio de paso para Portugal, donde estarían seguros, aunque podía haberlo impedido... El trato que dio España a los tres o cuatro mil refugiados judíos que entraron en su territorio entre 1942 y 1943 fue, en general, bueno, según informes recibidos en 1945... Se tiene noticias incluso de actos oficiales a favor de judíos..., a pesar de la alianza política de España con la Alemania nazi”. En 1949 España publicó un Libro Blanco titulado “España y los judíos sefarditas”, en el que se dice que “el Gobierno español durante la guerra dio a sus representantes diplomáticos en el extranjero plenos poderes... para ayudar a los descendientes de judíos sefarditas expulsados de España cuatrocientos años antes”... El Libro Blanco narra los esfuerzos llevados a cabo por las embajadas y consulados españoles, en Francia, Rumania, Bulgaria, África del Norte y Bergen-Belsen en ayuda de los judíos sefarditas... “Unos seis mil judíos pudieron vivir, trabajar y sobrevivir a la persecución nazi con documentos españoles en Francia... Varios grupos de judíos de Salónica, que habían sido internados en Bergen-Belsen, fueron puestos en libertad y se les permitió desplazarse a España”. El Libro Blanco insiste en que “España está justamente orgullosa de esta acción, que considera una de las misiones más sagradas de caridad cristiana”.

“El pequeño Estado de Andorra (donde en aquellos años dominaba la influencia española) estaba, según informes, lleno de refugiados judíos... España se convirtió también en un lugar de refugio para algunos judíos... La comunidad judía de Salónica tenía unos 600 sefarditas que fueron hechos súbditos españoles. Cuando comenzaron las deportaciones, la Gestapo interceptó mensajes del encargado de negocios español en Atenas, Eduardo Gasset, con ayuda y complicidad del jefe del Departamento político de ese Ministerio español, estaba tratando por todos los medios a su alcance de salvar a los judíos de origen hispánico. El resultado final de todo esto fue que los judíos de

¹⁷ Véase Gabrielle Nissim, *L'Uomo che fermó Hitler. La storia di Dimitar Pesev che salvo gli ebrei di una nazione intera*, Milano, 1998.

Salónica fueron enviados a un “campo residencial” privilegiado, en Alemania. Trescientos sesenta y cinco de estos judíos llegaron a España al acabar la guerra... El 26 de noviembre de 1941 el ministro búlgaro de Asuntos Exteriores, Popov, tuvo una discusión con Von Ribbentrop, en el transcurso de la cual dijo que el Gobierno búlgaro estaba tropezando con ciertas dificultades en lo referente a la puesta en vigor de su legislación antijudía, porque muchos países, entre ellos España... protestaban constantemente contra la inclusión de sus súbditos... El 5 de julio de 1944 el primer ministro húngaro pidió que fuese revocada la decisión alemana de deportar a los judíos de Budapest, contra la cual... habían intervenido los Gobiernos de España, Suiza y Turquía”.

Estos extractos del libro de Raúl Hilberg son complementados por Phillip Friedman, quien relata que uno de los primeros representantes extranjeros que unió sus esfuerzos a los del Nuncio papal en Budapest, protestando repetidamente, distribuyendo pasaportes protectores (falsos) y, finalmente, abriendo el edificio de su legación a los judíos perseguidos fue el enviado diplomático español.

Geoffrey Wigeder, el redactor de “Jerusalem Post” especializado en Cuestiones judías mundiales, confirma esto: “Ningún judío que llegó a España tuvo prohibida la entrada; mientras tanto, Franco continuaba la política inaugurada por Primo de Rivera en los años veinte, permitiendo a los judíos de origen hispánico recibir nacionalidad española. Esto ayudó a salvar a cientos de judíos sefarditas en los Balcanes de las garras de los nazis”.

Sidney Wexler, en “Jewish Heritage” (otoño de 1965, Washington, D. C.), refiere: Unos 120 judíos refugiados judíos procedentes de Europa Central que habían escapado de los Balcanes durante los primeros años de guerra, fueron ayudados por el Papa a llegar a España en 1943. Otras 2.600 aproximadamente consiguieron también llegar a España gracias a la intervención papal y a la habilidad de un fraile capuchino”.

“El padre Benoit, ayudado por el Vaticano, consiguió que el gobierno español autorizara a sus cónsules en Francia para dar visados de entrada a cuantos judíos pudiesen demostrar origen español”.

Según escribió Bekhor en su artículo “Los judíos de España”¹⁸: El Gobierno de España está orgulloso de su historial durante los años de guerra a favor de los judíos sefarditas en buen número de países ocupados por los nazis, como, por ejemplo, Grecia, Rumania y Francia. Según la legislación española eran súbditos españoles... Esas leyes conferían a los descendientes de los judíos

¹⁸ *The Jews of Spain*, por Bekor Bar-Shalon, en *Jerusalem Post* del 28 de julio de 1960.

*expulsados, no solamente el derecho a volver a España, sino también a obtener la nacionalidad española, aunque siguiesen residiendo en el extranjero. Miles de esos judíos pudieron salir de los campos de concentración gracias a la intervención de los representantes diplomáticos de Franco; varios trenes partieron del sur de Francia y de Bergen-Belsen camino de España...”*¹⁹.

Ángel Sanz Briz, llamado el ángel de Budapest, fue un diplomático español, embajador de España en Hungría en la segunda guerra mundial. Salvó a unos 5.000 judíos, dándoles pasaportes españoles; al principio solo a los judíos de origen sefardita, después a todo judío perseguido y que lo hacía pasar como sefardita. Fue considerado justo entre las naciones con otros 8 españoles por Israel.

PORTUGAL

La ayuda ofrecida a los refugiados judíos de los países ocupados por los nazis por la población no judía de Portugal ha sido mencionada en una conferencia de prensa por el director del Comité de Refugiados. La relativamente pequeña comunidad judía de Lisboa habría sido incapaz de atender a todos los refugiados que llegaron a la ciudad al caer Francia, de no haber sido por los portugueses, que inmediatamente les ofrecieron auxilio. Entre los bienhechores portugueses, añadió el director, había muchos que dijeron que se alegraban de la oportunidad que se les presentaba de borrar el recuerdo de los ultrajes infligidos a los judíos por el decreto de destierro de 1492”. (The Palestine Post del 31 de agosto de 1941).

*“El 1 de agosto el señor E. Dobkin, del Departamento de Inmigración de la Agencia judía en Jerusalén había instalado una oficina permanente en Lisboa para organizar la inmigración de refugiados judíos a Palestina. Había tres mil refugiados judíos en España, Portugal y Tánger... El señor Dobkin insistió en la buena voluntad con que los Gobiernos de España y Portugal dejaron entrar en esos países a los judíos. Además, habían cursado instrucciones a sus consulados en Europa de que inscribiesen a todos los judíos de origen español y portugués, extendiéndoles la más completa protección y el derecho a entrar en España y Portugal si el mencionado origen podía ser demostrado”*²⁰.

¹⁹ Lapidé, pp. 196-199.

²⁰ *The Palestine Post* del 31 de agosto de 1944.

Durante el régimen hitleriano más de 10.000 refugiados judíos consiguieron llegar a Portugal, donde fueron cordialmente recibidos y protegidos por las autoridades, así como también por la población...²¹.

Arístides de Sousa Mendes, fue cónsul portugués en Francia. Expidió visados portugueses, salvando así a miles de judíos. Es justo entre las naciones.

IBEROAMÉRICA

“Un intento de salvar a los judíos de manos nazis... merece especial mención. Este esfuerzo, que llamó la atención de muchos estadistas y altos dignatarios eclesiásticos, induciéndoles a obrar... consistió en usar pasaportes y otros documentos de identidad de varias repúblicas sudamericanas... Esos documentos fueron emitidos por México, Costa Rica, Paraguay, Guatemala... Es de notar que, en último término, ni siquiera... altos dignatarios eclesiásticos como los Nuncios Rotta, Cassulo y Roncalli vacilaron en servirse de métodos dudosos para salvar a los judíos, como puede verse en la biografía del Papa Pío XII, donde leemos: “El Papa mismo puso los fondos necesarios a disposición del padre Weber con objeto de que organizase la fuga clandestina de Roma ocupada de las víctimas de la persecución racial, ayudándoles luego a cruzar el frente enemigo. A estos fugitivos se les daban pasaportes debidamente legalizados por los diplomáticos acreditados en el Vaticano de países sudamericanos como Brasil, Nicaragua y Ecuador”.

Entre otros judíos salvados de esta manera, el artículo de Estudios de Yad Vashem menciona “a unas 2.500 ó 3.000 personas en posesión de pasaportes nicaragüenses y hondureños” y a “unos 200 judíos holandeses que tenían pasaportes sudamericanos... y que fueron intercambiados por otros tantos súbditos alemanes”. Eugen Levai, el cronista de los judíos húngaros, menciona también el caso de varios cientos de judíos de Budapest que sobrevivieron gracias a los documentos protectores que les facilitó la Embajada de El Salvador en 1944 ²².

La Comisión Vaticana de Socorro, dirigida por Monseñor Montini (futuro Papa Pablo VI), estaba preparada para atender solicitudes humanitarias de todo tipo. El fondo archivístico de esta Comisión contiene un número muy alto de ellas. Hay una sección dedicada a los judíos que comienza en 1940. Contiene solicitudes de subsidios de ayuda para emigrar a Brasil o a otros países latinoamericanos. Las cartas vienen de todas partes del mundo. Son los

²¹ *The Jerusalem Post*, anteriormente llamado *The Palestine Post*, de 12 de abril de 1966.

²² Lapidé, pp. 201-202.

particulares quienes escriben o los religiosos que los conocen o las nunciaturas y los obispos. No faltan donaciones/a menudo tomadas del fondo específico del Banco Vaticano IOR.

GRECIA

En la jurisdicción apostólica de Monseñor Roncalli durante la guerra estaba incluida Grecia, cerca de cuyo Gobierno había sido acreditado como delegado papal en 1936. A diferencia de Bulgaria y Rumania, a donde tenía que escribir y telegrafiar en defensa de los judíos, confiando en buenos, pero lejanos recuerdos, Monseñor Roncalli tuvo la oportunidad de hacer varios viajes a la Grecia ocupada, donde se alojaba en casa de los amigos que allí tenía, entre ellos el jefe de la Iglesia ortodoxa griega. Durante una de estas estancias allí, en 1944, se le presentó también la oportunidad de discutir la “cuestión judía” con diplomáticos y oficiales militares italianos en Atenas.

La Gestapo asestó su golpe antes de que fuera posible organizar debidamente la operación de salvamento, y sólo unos 12.000 de los 70.000 judíos griegos pudieron eludir la red nazi. El rabino Michael Molho y Joseph Nehama, coautores del libro más fidedigno sobre la destrucción de los judíos griegos, afirman que buen número de estos supervivientes fueron salvados por los compatriotas de Roncalli.

“En Salónica y en Atenas las autoridades diplomáticas, consulares y militares italianas adoptaron una actitud humanitaria y salvaron a muchos judíos... El nuevo cónsul general italiano, Castrucci, fue a Salónica cuando el drama de las deportaciones llegó a su punto álgido. Castrucci se dio cuenta inmediatamente del peligro y actuó con rapidez. Al parecer había recibido instrucciones secretas de Roma. Las incesantes presiones del Vaticano hicieron cambiar de actitud al Gobierno fascista y las leyes raciales... pasaron a ser poco menos que papel mojado... Todos los judíos griegos que podían demostrar cualquier vínculo con Italia o cuyo nombre sonaba vagamente italiano recibieron del consulado documentos italianos falsos. De esa forma más de 300 judíos se salvaron de la deportación... El ejército italiano, desde el último soldado hasta los oficiales de más alta gradación, ayudaron a todos los judíos que consiguieron llegar a la zona griega de ocupación italiana... Esta excelente gente no perdió oportunidad alguna de salvar a los judíos de las garras nazis. Es preciso hacerlo constar en aras de la verdad histórica”.

En 1957, como cónsul israelí, tuve yo (Pinchas Lapide) la oportunidad de presentar mis respetos al cardenal Roncalli, que entonces era patriarca de Venecia. En representación de las autoridades israelíes, expresé nuestra

profunda gratitud por su inapreciable ayuda, que fue la salvación de muchos miles de judíos de todos los países balcánicos, así como también en Turquía, durante los años de la guerra. Añadí que el rabino en jefe le estaba especialmente agradecido, pero el futuro Papa no me dejó terminar.

“En todos estos penosos asuntos —dijo, alzando la mano desaprobadoramente— yo me limité a consultar con la Santa Sede y a seguir en todo momento las órdenes del Papa: lo principal y por encima de todo es salvar vidas humanas”²³.

RESUMEN

La Europa ocupada por los nazis durante la pasada guerra contenía cosa de 8.300.000 judíos, de los cuales más de 2.000.000 escaparon a las garras de Hitler. La mitad de éstos sobrevivieron dándose a la fuga, emigrando o siendo evacuados al mundo libre, pero por lo menos un millón de judíos vivieron en el crisol mismo del infierno nazi para ver cómo la tiranía nazi sufría el destino de tantos otros aspirantes a destructores de Israel.

Hitler, como él mismo dijo en una ocasión, “quería convertir a Europa en un continente puramente cristiano”. A los judíos, perseguidos por todas partes, les parecía con frecuencia que ya no quedaban cristianos en Europa, porque el significado, el cristiano es aquel que cree en Jesucristo y su mensaje fundamental de amor y caridad.

La supervivencia milagrosa de un millón desmiente las afirmaciones de los pesimistas. El faro de luz moral estuvo casi a punto de extinguirse, azotado por los vientos del terror y la degradación, pero no se extinguió. Como dice Sholem Ash:

“En el torrente de pecado, odio y sangre que Hitler desencadenó en el mundo, flotó una pequeña arca en la cual estaba aún intacta la herencia común judeocristiana. Esta herencia es un punto de vista que se basa en el amor de Dios y en el amor al prójimo, El demonio hitleriano trató de volcar el arca y hundirla en el torrente de odio, pero fue salvada por un puñado de santos”.

Gran número de relatos de los supervivientes judíos han sido publicados recientemente en Israel y Norteamérica, pero los cantos épicos mejores y toda la historia de este heroísmo seguirán ocultos probablemente para siempre. Un

²³ Lapidé, pp. 203-204.

pensamiento consolador que sale a relucir en la mayoría de estos relatos es que con frecuencia hicieron falta hasta veinticinco personas para ocultar, vestir, alimentar, enseñar, distraer y salvar a un solo niño judío de las garras de la compleja organización de exterminio. Y cada uno de estos veinticinco cristianos ponía en peligro su seguridad, y con frecuencia hasta su vida, por salvar una vida ajena.

No todos tuvieron éxito. En Vidukle, Lituania, el sacerdote local, padre Jonás, tratando de salvar a treinta niños judíos, cuyos padres habían sido capturados y fusilados, los escondió en su iglesia. Cuando los oficiales alemanes, avisados por un confidente, abrieron las puertas de su iglesia, él les salió al paso, gritando: “Si matáis a los niños, tendréis que matarme a mí antes”. Que fue justamente lo que hicieron los alemanes, descargando sus ametralladoras sobre los niños por encima del cadáver del sacerdote.

Bernard Lichtenberg, canónigo de la catedral de Santa Eduvigis, en Berlín, osó rezar en público por los judíos deportados y esconder a tres de ellos en casa de un amigo. Fue descubierto y murió en 1943, camino de Dachau.

Don Aldo Mei, joven sacerdote de Fiano, en Italia, escondió durante siete meses a una familia judía en el depósito de cadáveres de la iglesia de su aldea. Cuando la Gestapo los descubrió, todos ellos fueron fusilados sobre el terreno, pero don Aldo fue torturado durante dos días para hacerle revelar el paradero de otros seis judíos que él había ayudado a ocultarse. “Muerdo contento, con la boca cerrada y lleno de la paz de Dios”, escribió en su breve diario poco antes de que los alemanes le obligaran a cavar su propia tumba en las afueras de la aldea.

Si la fraternidad humana tiene algún sentido más allá de la tumba, entonces esos “fracasados” no murieron en vano. El rabino Arthur Gilbert elogió a esos salvadores frustrados con estas palabras: “Esos sacerdotes católicos habían mirado los rostros de sus vecinos judíos y reconocido en ellos el de Jesús, sacrificado voluntariamente en un acto de amor abnegado. En su oposición a Hitler demostraron que el cristianismo no debe ser juzgado por sus ovejas negras, como tampoco hay que juzgar al judaísmo por los pecados de algunos judíos. La fe que recurre a Dios, creador del hombre a su imagen y semejanza, cura y reconcilia al hombre con su hermano”.

Los esfuerzos infatigablemente humanitarios de la iglesia ante el terror hitleriano, con la aprobación o el estímulo del Vaticano, no podrán ser nunca olvidados. No sabemos cuáles fueron las instrucciones exactas que la Santa Sede envió a las Iglesias de los diversos países, pero la uniformidad del esfuerzo

eclesiástico contra las deportaciones es prueba de que tales instrucciones fueron enviadas ²⁴.

JUSTOS ENTRE LAS NACIONES

Este título honorífico es concedido por la Institución Yad Vashem de Israel a los no judíos que arriesgaron su vida sin interés alguno para salvar judíos. Es admirable considerar que dentro de las atrocidades cometidas por los alemanes y también por los soviéticos y, sin excluir a los aliados, también hubo miles de personas que sin interés personal arriesgaron su vida y alimentaron a sus expensas, a veces durante meses y años, a judíos perseguidos. Muchas de esas personas fueron declarados *justos entre las naciones*. En Alemania hubo 510. El total de personas no judías que salvaron judíos, arriesgando la vida y sin pedir nada a cambio, eran el 1 de enero de 2022, 28.217. De ellas 7.177 eran ciudadanos polacos; 5.190 holandeses; 4.150 de Francia; 1174 de Bélgica; 918 de Lituania; 876 de Hungría; 744 de Italia; 9 de España; 525 de Eslovaquia; 362 de Grecia; 10 de Suecia; 60 de Rumania; 20 de Bulgaria; 69 de Albania...

Carl Lutz, cónsul general de la Legación suiza, expidió certificados de protección y así salvó a unos 60.000 judíos bajo protección suiza.

Félix Kersten fue un médico fisioterapeuta de nacionalidad finlandesa y con nacionalidad sueca que llegó a ser médico personal de Himmler, el jefe de las SS y responsable de todos los campos de concentración alemanes, donde había 800.000 prisioneros, especialmente judíos.

Dado que sus tratamientos a Himmler eran gratis, a cambio le pedía que liberara a cierto número de personas judías o no. Él consiguió que Himmler no cumpliera la orden de Hitler de volar por los aires los campos de concentración con todos los prisioneros y guardianes dentro, cuando los aliados llegaran a unos 8 kilómetros de apoderarse de ellos. Igualmente consiguió que no se destruyera la ciudad de La Haya ni la de Clingendael ni el dique de Zuiderzee. Los investigadores le conceden unos 100.000 salvados entre ellos unos 60.000 judíos, pero si contamos a los 800.000 prisioneros que Hitler quería asesinar, serían más o menos un millón de salvados.

Es importante señalar que la mayoría de estos salvadores eran cristianos católicos, entre ellos muchos sacerdotes y religiosas, aunque también hubo protestantes y ortodoxos. Incluso en algunos casos concretos como en Albania hubo familias musulmanas que ayudaron a los perseguidos judíos.

²⁴ Lapidé, pp. 236-237.

Con esto queremos anotar que, así como en momentos difíciles de la vida se manifiestan algunos seres humanos como si fueran demonios vivientes, con refinada crueldad y que no tienen compasión y no respetan la vida ni los derechos de los demás, así también se manifiestan seres humanos maravillosos, que como ángeles vivientes, son capaces de arriesgar su vida para salvar a otros e incluso morir mártires por haberlo intentado sin éxito. Algunos de ellos han sido declarados mártires y santos por la Iglesia católica como san Maximiliano Kolbe o santa Edith Stein.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto que Pío XII actuó claramente a favor de los judíos, podemos comprender su posición y alabarlo por el millón de vidas que salvó por medio de las Instituciones de la Iglesia en los países dominados por Alemania. Todos los que lo conocieron y vivieron en carne propia los años de la segunda guerra mundial, lo alabaron en el momento de su muerte.

Su silencio no fue complicidad, sino resistencia al poder. Si hubiera hablado alto y fuerte, denunciando al nazismo, no hubiera conseguido compasión para los judíos y católicos, sino todo lo contrario, como ya había sucedido en los años previos a la guerra.

Los que hablan de su silencio como debilidad, no entienden que es mejor hablar poco y hacer mucho que al contrario, hablar mucho y conseguir poco, que es lo que pudiera haber ocurrido.

También se temió con mucha probabilidad que Hitler secuestrara al Papa y lo llevara a algún lugar de Alemania para tenerlo a su disposición y, sobre todo, para que no hablara contra ellos, pues al Papa lo consideraban como enemigo de Alemania por sus intervenciones no oficiales, en las que manifestaba claramente su actitud antinazi. De todos modos, como dijo Pinchas Lapide: ¿A qué viene que algunos ataquen al Papa Pío XII y no dicen nada de los silencios sobre el holocausto de Roosevelt o Churchill o de otros países e Instituciones como la Cruz Roja y el World Jewish Congress?

Por otra parte, en vez de acusar a los católicos, el mismo Pinchas Lapide refiere amargamente la inactividad de tantos millones de judíos de los países democráticos del mundo, sobre todo de Inglaterra y de Estados Unidos, que no hicieron nada por sus compatriotas. Es cierto que algunas Instituciones judías trataron de hacer lo posible para salvar judíos y de ayudarlos a huir a países seguros, pero esas mismas Instituciones por sí mismas poco podían hacer y acudían, al igual que miles de judíos, a las Instituciones de ayuda del Vaticano,

Ramati, Assisi clandestina, Ed. Corbaccio, Milano, 2006.
E. Wiesel, *Memoirs. All rivers run to the sea*, New York, 2002.
Yad Vashem, *Honour for dutch couple* in Jerusalem post 3 febrero de 1978.
E. Levi, *Hungarian jewry and the Papacy Pope Pius XII*, Dublin, 1969.
Lewy Guenther, *The catholic Church and nazi Germany*, Nueva York, 1964.
Levai Eugene, *Black book of the martyrdom of the Hungarian jewry*, Ed.
Panorama, Viena, 1948.
Kapián Jacob, *French jewry under nazi occupation*, Anuario judío.
Marchione Margherita, *Pío XII e gli ebrei*, Ed. Piemme, 2002.
Moro Renato, *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, Ed. Desclée de Brouwer,
Bilbao, 2004